

## CAPÍTULO XXVII

### La patrulla

En el mismo instante en que acababa de sonar la última campanada, el nuevo carcelero, á quien hasta entonces podía haberse tomado por la estatua de la Atención, se movió, y como empujado por una resolución súbita, subió la escalera sin precipitación, pero tampoco lentamente. Si hubieran sido oídos sus pasos, si se hubiera notado su paseo, si se le hubiera preguntado, habría respondido :

— En ausencia de mi padre, estoy encargado de la vigilancia de la prisión : estoy rondando ; pero todo dormía en la ciudadela : nadie le vió, nadie le preguntó. Llegó al segundo piso y cruzó el corredor en toda su longitud, luego volvió atrás ; pero con más precauciones, disimulando sus pasos, atento el oído, reteniendo la respiración : de repente se detuvo delante del calabozo de la San Felice : tenía en la mano la llave de su puerta : la introdujo en

la cerradura con tal precaución y la hizo girar con tanta lentitud, que apenas se oyó el roce del hierro con el hierro : la puerta se abrió.

La noche era oscura, el viento silbaba entre los barrotes de la ventana, cuya abertura no se distinguía ; tan densa era la oscuridad.

El joven dió un paso en el calabozo, reteniendo el aliento, y no pudiendo descubrir á la prisionera :

— ¡ Luisa ! murmuró.

Un suspiro llevó á su oído el nombre de Salvato, y en el mismo instante, dos brazos rodearon su cuello y una boca se apoyó en su frente. Se cruzó entre ambos un suspiro de amor, un murmullo de alegría. Desde el día en que fué sentenciada Luisa por el tribunal, era la primera vez que los dos amantes se abrazaban.

Sin duda, por señas cambiadas entre ellos durante el día anterior, Salvato había anunciado á Luisa su visita, temiendo que la sorpresa le arrancase un grito de terror. Con esta esperanza, aunque llena de temor, había esperado á que Salvato pronunciara su nombre antes de responderle. Hubo en la unión de aquellos dos corazones, tan profundamente consagrados el uno al otro, un momento de éxtasis.

Salvato fué el primero que despertó de aquel letargo de dicha.

— Vamos, querida Luisa, dijo, no hay instante que perder: hemos llegado al momento supremo en que nuestra suerte va á decidirse. Te dije: ten calma y paciencia, morimeros juntos ó juntos viviremos. Has contado conmigo, y aquí me tienes.

— ¡ Oh! sí, ¡ Dios es grande, Dios es bueno! Ahora, ¿ qué he de hacer? ¿ cómo podré ayudarte?

— Escucha, respondió Salvato. Tengo que aserrar los hierros de la ventana y no acabaré en una hora. Son las doce y algunos minutos: tenemos cuatro horas; no nos precipitemos pero logremos nuestro propósito esta noche, porque mañana se descubrirá todo.

— Por segunda vez te pregunto, ¿ qué haré yo entretanto?

— Deja la puerta entreabierto, está como ahora, te colocas junto á ella, escuchas si se oye algún ruido, ó si algún peligro nos amenaza. Al menor rumor me llamas, salgo, cierro la puerta por fuera y sigo la ronda, no inspirando desconfianza ninguna, puesto que se me encuentra cumpliendo con mi deber: entro un cuarto de hora después, y acabo la obra comenzada. Ahora, valor y sangre fría.

— Está tranquilo, seré digna de ti, respondió Luisa apretándole la mano con fuerza casi viril.

Salvato sacó de su pecho dos limas finas que á prevención llevaba por si una se rompía durante la operación, y Luisa se colocó de manera que pudiese oír el ruido del corredor y la escalera, y Salvato empezó á limar los barrotes con mano fuerte y segura.

Tan fina era la lima, que apenas se distinguía el ruido al morder el hierro, y aunque se hubiera percibido, habríase perdido entre los silbidos del viento y los primeros truenos que anunciaban la próxima tempestad.

— ¡ Buen tiempo! murmuró Salvato dando gracias en su interior al trueno que le ayudaba; y continuó su trabajo, del que nadie le distrajo.

Como había previsto, al cabo de una hora estaban aserradas cuatro barras, y la ventana presentaba una abertura bastante grande para que dos personas pudieran pasar por ella.

Entonces deslió una cuerda que llevaba liada á la cintura. Aquella cuerda, sólida, aunque finamente tejida, era bastante larga para llegar al suelo. Á una de sus extremidades, tenía preparado un anillo para engancharlo al trozo de barrote que había quedado adherido á la muralla. Salvato hizo nudos en la cuerda, de distancia en distancia, destinados á servir de punto de apoyo á sus manos y á sus

rodillas. Salió del calabozo y registró el corredor hasta la embocadura de la escalera.

Allí, de pechos en la tosca baranda de hierro, interrogando con la vista á las tinieblas, y con el oído al silencio, permaneció un instante inmóvil y sin respirar.

— ¡ Nada ! murmuró gozoso y triunfante, volvió de nuevo al calabozo, quitó la llave de la puerta, cerró por dentro, inutilizó la cerradura metiendo en ella tres ó cuatro clavos, tomó á Luisa en sus brazos, la apretó contra su corazón y la recomendó el valor; fijó el anillo en el trozo de la barra enclavada, ató con cuidado para que no se soltara con el peso, una á otra las dos manos de Luisa, é hizo que pasase sus brazos alrededor de su cuello.

Solamente entonces comprendió Luisa el medio de evasión que empleaba Salvato, y su corazón desmayó ante la idea de que iba á ser suspendida en el vacío, y que le era preciso descender treinta pies de altura colgada al cuello de su amante, que no tendría más sostén que la cuerda.

Sin embargo, su terror fué mudo; cayó de rodillas, elevó hacia el cielo sus manos atadas con el pañuelo, rezó con voz baja, y se levantó diciendo:

— Estoy dispuesta.

En aquel momento, un relámpago iluminó los

negros y espesos nubarrones, y Salvato observó que gruesas gotas de sudor surcaban las pálidas mejillas de Luisa.

— Si es el bajar lo que te espanta, dijo Salvato, confiando con razón en sus músculos de acero, respondo de que llegaremos á tierra sin accidente.

— Amigo mío, respondió Luisa, repito que estoy pronta. Confío en ti y creo en Dios.

— No perdamos momento.

Salvato echó la cuerda fuera de la ventana, se aseguró de su solidez, acercó su cabeza á Luisa para que pasase sus brazos alrededor de su cuello, subió á un banquillo que había preparado, pasó con Luisa por la abertura, y sin cuidarse al parecer del temblor nervioso que agitaba el cuerpo de la pobre mujer, apretó contra las rodillas la cuerda que ya tenía entre sus manos, y se lanzó al espacio.

Luisa ahogó un grito al sentirse suspendida y balanceada encima de las duras losas, cuya distancia había medido tantas veces horrorizada, y cerró los ojos, buscando con sus labios los de Salvato.

— Nada temas, murmuró Salvato en voz baja; tengo fuerzas para bajar así, aunque fuera la cuerda tres veces más larga.

Y en efecto, ella se sentía bajar con un movimiento lento y medurado, que indicaba á la vez la

fuerza y la tranquilidad del poderoso gimnasta que la daba confianza ; pero á mitad de la cuerda, Salvato se detuvo.

Luisa abrió los ojos.

— ¿ Qué hay ? preguntó.

— ¡ Silencio ! dijo Salvato.

Y púsose á escuchar con profunda atención.

— ¿ No oyes ? preguntó á Luisa al cabo de un instante, con voz perceptible para ella sola.

— Pasos de muchos hombres parecen, respondió con voz débil como el último suspiro de la brisa.

— Alguna patrulla, dijo Salvato ; pero no tenemos tiempo para descender antes que pase. Dejémosla pasar y después bajaremos.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! No tengo fuerzas, murmuró Luisa.

— ¿ Qué importa, si las tengo yo ? respondió Salvato.

Durante este corto diálogo, el ruido de pasos se acercó, y Salvato vió á la luz de una linterna que llevaba un soldado, asomar nueve hombres, rodeando el pie de la muralla. Pero poco importaba ; la obscuridad era tan grande, que á no ser por algún relámpago, no podían verle á la altura en que se encontraba, y, como había dicho, tenía fuerzas bastantes para esperar que la patrulla desapareciera.

Pasó por debajo de los fugitivos ; pero con gran extrañeza de Salvato, que la seguía ávidamente con la vista, la patrulla se detuvo al pie de la torre, cambió algunas palabras con el centinela á quien no había apercibido, dejó otro soldado en lugar de aquél, y se ocultó bajo la bóveda : pero quedó visible un rayo de luz de la linterna, prueba de que no se había alejado.

Salvato tembló á pesar del temple de su alma : todo lo adivinó.

La petición del príncipe de Calabria y de la princesa María Clementina, había renovado el odio contra la San Felice. Se habían dado nuevas órdenes de vigilancia, y el resultado era la colocación de un nuevo centinela al pie de la torre.

Luisa, apoyada en el pecho de Salvato, sentía temblar su corazón.

— ¿ Qué hay ? preguntó abriendo con espanto sus grandes ojos.

— Nada, respondió Salvato ; Dios nos protegerá.

Efectivamente, los fugitivos tenían gran necesidad de la protección de Dios : un centinela paseaba al pie de la torre, y aunque Salvato se sentía con fuerzas para bajar, eran éstas insuficientes para volver á subir. Si bajaban, la muerte era posible, pero si volvían á subir era segura. Salvato, pues,

no dudó. Aprovechó un momento en que el centinela se alejaba de espalda, paseando, para acabar de descender; mas en el mismo instante que sus pies tocaban el suelo, el soldado se volvió y vió á diez pasos de él un bulto informe agitarse en la sombra.

—¿Quién vive? gritó.

Salvato, sin responder, sosteniendo á Luisa desmayada por el terror entre sus brazos, emprendió su camino hacia el mar, en donde le esperaba un bote.

—¿Quién vive? repitió el centinela preparándose á montar el fusil.

Salvato, siempre mudo, apretó el paso. Distinguía la barca, veía á sus amigos y oía la voz de su padre que le gritaba: «¡Valor!» y á los marineros: «Atracad.»

—¿Quién vive? gritó por tercera vez el soldado, apuntando.

Y al ver que no se le contestaba, hizo la puntería á la luz de un relámpago y salió el tiro.

Luisa sintió desfallecer á Salvato que cayó, arrojando un grito más de rabia que de dolor.

Mientras el soldado que acababa de hacer fuego gritaba: «¡á las armas!» Salvato exclamaba con voz débil por la última vez: «Salvadla».

Luisa, medio desvanecida, loca de dolor, incapaz

de hacer movimiento alguno, con sus manos atadas y enlazadas al cuello de Salvato, entrevió, como en sueño, encontrarse dos patrullas de soldados y venirse á las manos como furias, luchando, hiriéndose, aullando, batiéndose á sus pies entre gritos de muerte.

Al cabo de cinco minutos, el combate se decidió: ella quedaba moribunda en manos de los soldados, que la conducían á la ciudadela, mientras que los marineros llevaban á Salvato muerto hacia el bote. La bala le había atravesado el corazón, y su padre estaba medio desmayado, á causa de un culatazo que había recibido en la cabeza.

Así que Luisa entró en la prisión, aunque su embarazo no era más que de siete meses, afectada por las terribles emociones que había sentido, fué acometida de dolores de parto, y á las cinco de la mañana dió á luz un niño muerto.

No diremos si era un favor ó un arrepentimiento de la Providencia, privarla del dolor que le hubier causado el separarse de su hijo.

## CAPÍTULO XXVIII

### La orden del rey

Ocho días después de estos acontecimientos, estaba en el teatro de los Florentinos el príncipe de Cassero Statella, virrey de Nápoles, con nuestro antiguo conocido el marqués Malaspina, cuando se presentó á la puerta de su palco un ujier de palacio, que precedía á un oficial de marina, portador de un pliego cerrado.

— ¡ El señor príncipe virrey! dijo el ujier.

Inclinóse el oficial y tendió al príncipe el despacho.

— ¿ De parte de quién? preguntó el príncipe.

— De parte de S. M. el rey de las Dos Sicilias, y como el despacho es importante, me atreveré á pedir recibo á Vuestra Excelencia.

— ¿ Venís, pues, de Palermo? preguntó el príncipe.

— Salí anteayer en *La Sirena*, monseñor.

— ¿ Sus Majestades están buenos?

— Buenos, príncipe.

— Dad un recibo en mi nombre, Malaspina.

Sacó el marqués una cartera, y empezó á escribir.

— Sírvase Vuestra Excelencia, dijo el marino, indicar el sitio y hora en que se entregó al príncipe el despacho.

— ¡ Muy importante debe ser! dijo Malaspina.

— De la más alta importancia.

Dió el recibo como se pedía, y volvió al palco.

El príncipe acababa de leer el despacho y se lo entregó á Malaspina.

— Tomad, es cosa vuestra.

El marqués leyó esta orden tan concisa como terrible :

« Os expido la San Felice, que será decapitada á las doce horas de su llegada á Nápoles.

» Está confesada, y por consiguiente, en estado de gracia.

« FERNANDO B. »

Malaspina miró atónito al príncipe, preguntándole :

— ¿ Y bien?

— Querido, tomad las medidas necesarias; es cosa vuestra.

Y el príncipe siguió escuchando el *Matrimonio secreto*, obra maestra del pobre Cimarosa, que acababa de morir en Venecia de miedo de ser ahorcado en Nápoles.

Quedóse mudo Malaspina, que no comprendía cómo contaba entre sus deberes de secretario el preparar las ejecuciones capitales.

Pero el marqués, aunque cortesano zumbón, era sumiso, y al volverse al príncipe y decirle : « Ya lo visteis ! » se inclinó y salió.

Tomó un coche y fué en él á la Vicaría.

Apenas hacía una hora que había llegado la San Felice, mobirunda, anonadada. Transportáronla al cuarto contiguo á la capilla en que estuvieron Cirillo, Caraffa, Pimentel, Manthonnet y Miguel.

El despacho no llevaba más que esta instrucción :

« Su Excelencia el príncipe de Cassero Statella está encargado de la ejecución de esa mujer, respondiendo con su cabeza. »

Comprendió, pues, su deber Malaspina, y volviendo á su carruaje, dijo al cochero al llegar :

— Á la calle de los Suspiros del Abismo.

Sabido es que allí vivía maese Donato, verdugo de Nápoles.

Repugnándole al marqués entrar en aquella morada maldita, dijo al cochero al llegar :

— Llama á maese Donato, y que venga á hablarme.

Bajó el cochero del pescante, abrió la puerta y gritó :

— Maese Donato, venid acá.

Una voz de mujer respondió :

— Mi padre no está en Nápoles.

— ¿ Pues dónde está tu padre ?

— En Salerno por asuntos de su estado.

— Explicaos, hermosa niña, dijo Malaspina á la joven, que había salido con un mancebo que parecía ser su amante ó su esposo.

— La explicación es bien sencilla, Excelencia, respondió Marina. Como murió ayer su colega de Salerno, y hay dos ejecuciones mañana, y otras dos pasado mañana, tuvo que marchar hoy y no volverá hasta dentro de dos días.

— ¿ Y no hay nadie que le reemplace ?

— No ; como no se le había dado ninguna orden, y según parece están vacías todas las cárceles, llevó consigo á sus ayudantes.

— ¿ Y no podrá reemplazarle ese mancebo ? dijo el marqués señalando á Giovanni.

No es difícil adivinar que éste y Marina estaban casados.

— No soy verdugo sino pescador, respondió el joven.

— ¿Y qué haremos? preguntó Malaspina; dadme al menos un consejo.

— Estáis en el barrio de los carniceros, respondió Giovanni, que en general son realistas, no faltarán aficionados si se trata de ahorcar á un jacobino.

Comprendió Malaspina que no le quedaba otro recurso, y como no podía ir con su coche por el dedalo de calles circunvecinas á la plaza del Mercado Viejo, echó pie á tierra, y fué en busca de un aficionado á ahorcar.

Dirigióse el marqués á tres hombres que se negaron, á pesar de haberles ofrecido sesenta piastras y enseñádoles la orden firmada por el rey, de que se terminase en doce horas.

Desesperado de su mal resultado, murmuraba: « Sin embargo, no he de matarla yo mismo. » cuando al último de los hombres á quien había acudido el marqués, le ocurrió una idea luminosa:

— Excelencia, le dijo, creo que hemos salido del paso.

— Veamos.

— Mi vecino... aunque no es carnicero sino degollador de cabras, le llaman el *beccaio*. Es enemigo

de los republicanos que le persiguieron, y no rehusará vengarse.

— ¿En dónde vive el *beccaio*? preguntó el marqués

— Ven acá, Pepino, dijo el carnicero á un muchacho que dormía sobre un montón de pieles medio secas; ven, y conduce á su Excelencia á casa del *beccaio*.

Levantóse el joven desperezándose y gruñendo porque se le despertaba de su primer sueño.

— Vamos, dijo Malaspina para animarle, si salimos bien te daré una piastra.

— Y si salimos mal, respondió el mozo con la lógica del egoísmo, ¿me habré molestado en balde?

— Justo, dijo Malaspina, toma una piastra por de pronto, y si logramos lo que se desea te daré otra.

— Eso se llama hablar. Sígame su Excelencia.

— ¿Está lejos? preguntó Malaspina.

— No hay más que atravesar la calle.

En efecto, la atravesaron y llegaron á casa del *beccaio*, al través de cuyas ventanas cerradas se veía la luz.

— ¡Hola! ¡*beccaio*! dijo el muchacho dando un golpe en la puerta.

— ¿Qué hay? respondió una voz ruda.

— Un caballero que quiere hablarte.

Y como no se apresurasen á abrir :

— Abre, amigo, dijo Malaspina. Soy secretario del virrey de cuya parte vengo.

Estas palabras produjeron el efecto de una varita mágica ; abrióse la puerta, y á la luz agonizante y dudosa de una lámpara, apareció el *beccaio* en medio de montones de osamentas y pieles ensangrentadas.

En pie en la puerta, con un ojo tuerto, su mano mutilada y su pata de palo, asemejaba al genio de la destrucción.

Aunque Malaspina tenía para ciertas cosas corazón de piedra, no pudo reprimir un momento de repugnancia.

Notólo el *beccaio* y dijo, rechinando de dientes, lo que en él equivalía á la risa :

— No soy muy guapo en verdad, pero supongo que no buscáis aquí una estatua del Museo Borbónico.

— No, sino un fiel servidor del rey, un enemigo de los jacobinos que haya jurado vengarse y me han dirigido á vos.

— Y no se han engañado. Pase su Excelencia.

Y el marqués entró á pesar de su repugnancia en poner los pies en aquella caverna.

Entró tras él el muchacho, interesado en saber el resultado del trato.

— Atrás, mocito, dijo el *beccaio* rechazándole con su brazo mutilado y cerrando la puerta.

Permanecieron en conferencia el marqués y el *beccaio* diez minutos, al cabo del los cuales éste acompañó al marqués hasta la puerta, haciéndole mil reverencias.

— ¡ Hola ! dijo Malaspina, al encontrar al muchacho á corta distancia. ¿ Qué haces ahí ?

— Esperar.

— ¿ Á quién ?

— Á vos, para saber si habéis logrado lo que deseabais.

— Sí. ¿ Por qué ?

— Porque vuestra Excelencia me había prometido otra piastra.

— Toma, dijo el marqués, dándole una moneda de plata.

— Gracias, respondió el muchacho haciendo chasquear como una castañuela las dos monedas. Dios os dé larga vida.

Subió en su coche el marqués dando orden de parar en los Florentinos, en tanto que el chico examinaba las monedas á un farol que alumbraba á una Virgen.

— ¡ Oh ! exclamó, me ha dado un ducado en lugar de una piastra : me roba dos carlinos. ¡ Canallas de señores !

Al llegar al teatro vió Malaspina á la puerta el coche del virrey, indicio de que aun estaba en el coliseo.

Pagó su coche, subió y entró en el palco del príncipe.

— ¡Hola! Malaspina, dijo el virrey, ¿ sois vos?

— Si, príncipe, respondió el marqués con su rudeza característica.

— ¿ Qué hay de nuevo?

— Todo está arreglado y mañana á las diez quedarán cumplidas las órdenes de Su Majestad.

— Gracias, respondió el príncipe. Sentaos aquí. Habéis perdido el duo del segundo acto, pero aun llegáis á tiempo de oír el « *Pria che spuntí l'aurora!* »

## CAPÍTULO XXIX

### La mártir

Quisiéramos pasar por alto los últimos detalles de esta historia, y llegar al término de la vida dolorosa, escribiendo solamente en la losa de una tumba : « *Aquí yace Luisa Molina San Felice, mártir* ». Pero debemos sacrificarnos al papel de historiador, y la tragedia real sobrepuja la inventiva.

Hemos dicho que la San Felice fué conducida á la prisión de la Vicaría, y encerrada en el cuarto contiguo á la capilla.

No podía estar en pie, ni sentada, y se encontraba literalmente tumbada, tan débil, tan moribunda, ó mejor dicho, tan muerta ya, que ni siquiera se pensó en encadenarla.

Estaban rotos los dos lazos que podían ligarla á la vida. Había visto á Salvato caer y expirar por ella, y como si fuese una advertencia de que ya no

tenía derecho á vivir, el fruto de sus entrañas, que debía protegerla, vino al mundo antes del término prefijado por la naturaleza.

Y la infeliz criatura murió al nacer.

Sea por compasión ó por cumplir con el terrible ceremonial de la muerte, los carceleros le preguntaron si necesitaba alguna cosa, y como le faltasen las fuerzas para responder, meneó la cabeza en ademán negativo.

Como Fernando había dicho que la San Felice se hallaba en estado de gracia, no debía presentarse el sacerdote hasta las ocho de la mañana, hora en que saldría de la prisión.

La ejecución debía verificarse á las diez; pero la infeliz, que moría bajo la inculpación de haber causado el suplicio de los Backer, tenía que hacer pública retractación en la puerta de la casa de éstos, y en la plaza donde fueron fusilados.

Además, el rey Fernando, que tanto lisonjeaba á los lazzaronis, quería darles un plato de gusto; y no contribuía poco á ello la casualidad, alejando á maese Donato, verdugo de oficio y sustituyéndole por el *beccaio*, verdugo aficionado.

No trataremos de pintar lo que fué para la infeliz aquella noche de angustias. Sola, muertos su amante y su hijo, martirizado su cuerpo, destrozadas sus

entrañas, tendida en aquel fúnebre colchón, en la antecámara del patíbulo, permaneció en la atonía terrible de la postración física y moral, de la que no salía sino para contar las horas que sonaban en un reloj, cuyas vibraciones atravesaban su corazón, como otras tantas puñaladas; y después de apagado el último sonido calculaba el tiempo de vida que le restaba, é inclinaba la cabeza sobre el pecho y volvía á caer en su soñolienta agonía.

Por fin pasaron las horas; dieron las seis y apareció el día: ¡era el último!

Era triste y lluvioso, enteramente en armonía con la lúgubre ceremonia que debía presidir: un día fúnebre de Noviembre, uno de esos días que anuncian la muerte del año.

Silbaba el viento en los corredores, y caía á torrentes la lluvia azotando las ventanas.

Conociendo Luisa que se acercaba su hora postrera, hizo un esfuerzo con las rodillas, apoyó la cabeza contra la pared, y gracias á este sostén pudo ponerse casi de pie y empezó á rezar.

Mas, como no recordaba ninguna plegaria que tuviese analogía con su situación, exclamaba con voz desfallecida:

— ¡Dios mío, Dios mío!

A las siete se abrió la puerta de los agonizantes,

y se estremeció aun sin saber lo que significaba aquel ruido : verdad es que todo ruido era para ella un golpe que la muerte daba á las puertas de la vida.

Oyéronse á las siete y media pesados pasos en la capilla, abrióse la puerta y vió no sé qué de fantástico y de horrible como el engendro de una pesadilla.

Era el *beccaio* con su pata de palo, su mano izquierda mutilada, su rostro cortado por una honda cicatriz y su ojo huero.

Llevaba en la cintura un ancho cuchillo con que desollaba las cabras, y reía diciendo :

— ¡ Ah ja, aquí estabas tú, buena moza? No conocía yo toda mi buena suerte. Sabía que eras la delatora de los Backer, pero no que fueses la mancha del infame Salvato!... ¡ Conque ha muerto! añadió rechinando los dientes, ¡ y no tendré el placer de mataros á los dos juntos!... En suma, añadió, más vale así porque me habría visto apurado para saber por cuál de los dos debía empezar.

Y bajando los cuatro escalones que conducen de la capilla á la prisión, al ver la magnífica cabellera de Luisa, esparcida por su espalda, dijo :

— ¡ Ah! lástima es cortar tan hermosos cabellos, pero es preciso.

Y se adelantó hacia la prisionera, añadiendo :

— Vamos, arriba que ya es hora.

Y con un gesto brutal extendió la mano para cogerla.

Pero antes de que hubiese podido atravesar la sala con su pata de palo, se abrió la puerta y apareció un penitente, vestido con su túnica blanca, cuyos ojos brillaban á través de los agujeros de la cogulla, se interpuso entre el verdugo y la víctima, y extendiendo la mano para impedir que el *beccaio* diese un paso más, dijo :

— No tocaréis á esa mujer sino en el cadalso.

Al sonido de aquella voz arrojó un grito la San Felice y recobrando las fuerzas que creía perdidas, se puso en pie, apoyada contra la pared, como si aquella voz tan dulce la aterrara más que la amenazante y burlesca del *beccaio*.

— Tiene que ir en camisa y descalza para retractarse públicamente, respondió el *beccaio*; hay que cortar el pelo para que yo le corte la cabeza : ¿ Quién le ha de cortar el pelo? ¿ Quién le ha de quitar el vestido?

— Yo, respondió el penitente.

— ¡ Oh, sí, vos! respondió Luisa con inexplicable acento y cruzando las manos.

— Ya lo oyes, dijo el penitente. Sal, nada tienes que hacer aquí.

— Tengo toda clase de derechos sobre esa mujer, exclamó el *beccaio*.

— Sobre su vida sí, no sobre ella. Los hombres te han dado orden de matarla : yo he recibido de Dios la de ayudarla á morir : cumpla cada cual la suya.

— Sus vestidos, su dinero, cuanto es de ella me pertenece. Su cabello solo vale cuatro ducados.

— Ahí van cien piastras, dijo el penitente arrojando un bolsillo de oro en la capilla. Silencio y vete.

Luchó un instante el alma inmunda de aquel hombre entre la avaricia y el odio; pero venció la avaricia, y, jurando y maldiciendo, pasó al cuarto contiguo.

Siguióle el penitente y entornó la puerta de modo que los curiosos no pudiesen ver á la prisionera.

Ya hemos dicho cuán grande era el poder de los agonizantes sobre los condenados, que no pertenecían al verdugo sino cuando aquéllos habían retirado la mano de encima del hombro de la víctima, diciendo : « Verdugo, esa persona es tuya ».

Acercóse el penitente á Luisa con unas tijeras que sacó de su túnica, y dijo :

— ¿ Vos ó yo ?

— ¡ Vos, ¡ oh ! vos ! exclamó Luisa acercándosele.

Ahogó el penitente un suspiro, levantó al cielo los ojos y bajo su cogulla dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Y reuniendo delicadamente con su mano izquierda la magnífica cabellera de la prisionera, cortó lentamente y con toda clase de precauciones, aquel bello adorno de la vida, que era un obstáculo en la hora de la muerte.

— ¿ Á quién queréis que se entreguen estos cabellos ? preguntó el penitente al concluir la operación.

— Guardadlos vos por amor mío ; os lo ruego.

El penitente besó los cabellos sin que Luisa pudiese verlo.

— Y ahora, dijo Luisa, pasando su mano trémula por su desguarnecido cuello, ¿ qué me resta que hacer ?

— La sentencia os condena á la retractación pública en camisa y descalza.

— ¡ Oh, tigres ! murmuró Luisa indignada.

Ausentóse un instante el agonizante y volvió con una túnica de penitente cuya capucha cortó con las tijeras, y dijo presentándola á Luisa.

— He aquí cuanto puedo hacer por vos.

La condenada lanzó un grito de gozo al ver que aquella túnica, que la cubría desde los pies al

cuello, preservaba su pudor de las miradas atrevidas, á la vez que la cubría como el sudario sagrado de la muerte.

— Salgo un instante, dijo el penitente, llamadme cuando estéis pronta.

Diez minutos después, se oyó la voz de Luisa que decía.

— ¡ Padre !

Y el penitente volvió.

Luisa había endosado la túnica, por bajo de la cual asomaba uno de sus pies con media de hilo : la vista del penitente se fijó en aquel pie tan delicado que debía hollar el mal empedrado de Nápoles, hasta llegar al cadalso.

— No quiera Dios, dijo, que falte nada á vuestra pasión... ¡ Valor, mártir ! ese camino lleva al cielo.

Y presentando su hombro á la prisionera para que se apoyase, subieron juntos la escalera de la capilla y empujando la puerta :

— Aquí estamos, dijo el agonizante.

— Tiempo habéis tenido, respondió el *beccaio*; verdad es que como la condenada es linda...

— ¡ Silencio, miserable ! repuso el penitente ; la muerte es tu derecho, no el insulto.

Bajaron la escalera y llegaron al patio en donde esperaban los niños de coro con pendones y cruces,

veinticuatro penitentes y muchos frailes de distintas órdenes.

Diluviaba.

Luisa miró en derredor como si quisiera buscar algo.

— ¿ Qué queréis ? le preguntó el penitente.

— Un crucifijo.

Sacó el penitente uno pequeño de su túnica, y como tenía una cinta de terciopelo, se la puso al cuello á Luisa.

— ¡ Salvador mío ! dijo ésta, nunca sufriré tanto como vos ; pero dadme fuerzas, porque soy mujer.

Y besando el crucifijo, como fortificada con aquel beso, añadió :

— Vamos.

Rompió el cortejo la marcha, á cuya cabeza iban los sacerdotes cantando el oficio de difuntos.

Venía en seguida el *beccaio*, con sonrisa feroz, blandiendo su cuchilla y apoyado en un bastón para ayudar su marcha vacilante.

Tras él seguía Luisa, con el brazo derecho sobre el hombro del penitente, y llevando con la mano izquierda el crucifijo á sus labios.

Seguíanla los veinticuatro agonizantes.

Y por último, frailes de todas las órdenes y cataras.

Desembocó el cortejo en la plaza de la Vicaría, en donde había multitud de gente que lo acogió con vociferaciones de júbilo mezcladas de injurias y maldiciones. Pero la víctima era tan joven, tan resignada, tan bella, habían circulado tan diversos rumores, más ó menos tiernos y simpáticos, que poco á poco cesaron las injurias y amenazas y reinó el más profundo silencio.

Paróse la procesión delante de casa de los Backer, cuya puerta principal habían convertido en altar, é hizo un semicírculo en cuyo centro colocaron á Luisa.

La lluvia había empapado la túnica, que estaba pegada á sus miembros, y se arrodilló trémula de frío.

— Rezad, dijo con dureza un sacerdote.

— Bienaventurados mártires, hermanos míos, dijo Luisa, rogad por una mártir como vosotros.

Al cabo de diez minutos, continuó el cortejo volviendo atrás, y se paró en el sitio en que fueron fusilados los Backer.

El mal piso de los muelles había ensangrentado los pies de la mártir, que estaba aterida con el viento de la mar, y ahogaba un gemido á cada paso que daba; pero sus gemidos se perdían entre el canto religioso. Desfallecían sus fuerzas, pero sosteníala el penitente por la cintura.

Repetióse en la plaza la misma escena que en la casa de los Backer.

Oía la infeliz, en medio de su desfallecimiento, mugir como la tempestad, veinte ó treinta mil lazaronis de todos sexos y edades, apiñados en la plaza del Mercado Viejo, foco del populacho napolitano. Jamás habría podido pasar por medio de aquella compacta muchedumbre si la curiosidad no hubiese hecho el milagro de abrirla.

Marchaba la cuitada con los ojos cerrados, apoyada en su consolador, sostenida por él, cuando sintió estremecerse repentinamente el brazo que rodeaba su cintura. Abrió los ojos á pesar suyo... y vió el patíbulo levantado enfrente de la iglesia de la Santa Cruz.

Componíase de una plataforma de tres metros de alto, con el tajo encima.

Estaba al aire libre y sin balaustrada, para que los espectadores pudiesen ver hasta el menor detalle de la tragedia.

Subíase por una escalera, no por comidad de la víctima, sino del *beccaio*, que por tener una pata de palo no podía hacerlo por una escala.

Daban las diez en la iglesia de Santa Cruz, cuando rodearon los frailes el patíbulo, y llegó la condenada al pie de la grada fatal.

— ¡Valor! le dijo el penitente; dentro de algunos instantes, en lugar de mi débil brazo os sostendrá el de Dios. Menos hay desde el patíbulo al cielo, que desde aquí al patíbulo.

Reconcentró sus fuerzas Luisa, y subió las gradas. Habíala precedido en la plataforma el *beccaio*, excitando con su presencia horrible y grotesca, universal gritería.

— Vamos, dijo claudicando con su pata de palo y blandiendo la cuchilla, ¿estamos prontos?

— Ya os lo diré cuando llegue el momento, respondió el penitente.

Y dirigiéndose á la paciente, añadió con infinita dulzura :

— ¿No deseáis nada?

— ¡Vuestro perdón! ¡vuestro perdón! exclamó Luisa cayendo de rodillas.

— Sed todos testigos, dijo el penitente, que en mi nombre, en el de los demás hombres y en el de Dios, perdono á esta mujer.

La misma voz ruda que había mandado rezar á la San Felice en casa de los Backer, gritó al pie del cadalso :

— ¿Sois sacerdote para dar la absolución?

— No, respondió el penitente; pero no por eso es menos sagrado mi derecho, porque soy su esposo.

Y levantando á la sentenciada y echando atrás la cogulla, la tendió sus brazos, y todos pudieron ver, á pesar del dolor que le agobiaba, el dulce rostro del caballero de San Felice.

Dejóse Luisa caer sollozando en el seno de su esposo.

Por empedernidos que fuesen los espectadores, pocos hubo que no sintiesen sus ojos arrasados en lágrimas ante aquel cuadro.

Algunas voces, raras en verdad, gritaron :  
« ¡Gracia! ¡gracia! »

Era la protesta de la humanidad.

Comprendió Luisa que era llegada su hora postrera.

Arrancóse de los brazos de su esposo, y con vacilante paso se acercó al verdugo, diciendo :

— Dios mío, en tus manos entrego mi alma.

Y poniéndose de rodillas junto al tajo, preguntó :

— ¿Estoy bien así?

— Sí, respondió con rudeza el *beccaio*.

— No me hagáis sufrir mucho.

En medio de un silencio mortal, levantó el *beccaio* la cuchilla..

Y entonces pasó una cosa horrible.

Ora fuese insegura su mano, ora poco pesada la

cuchilla, al caer cortó apenas el cuello de la víctima sin romper las vértebras.

Luisa lanzó un grito desgarrador, y se puso en pie agitando los brazos.

Cogióla el verdugo, la inclinó sobre el tajo y la hirió por segunda y tercera vez en medio de las imprecaciones de la multitud, pero sin lograr separar la cabeza del cuerpo.

Al tercer golpe, desalentada de dolor, invocando el auxilio de Dios y de los hombres. Luisa, chorreando sangre, se desasíó de las manos del verdugo, huyó, é iba á arrojarse en medio de la muchedumbre, cuando el *beccaio*, soltando la cuchilla y echando mano á la de desollador de cabras, arma que le era más familiar, detuvo á la infeliz mártir por la cintura, y se la hundió en un costado.

Saltó la sangre á borbotones : la herida fué mortal.

Lanzó Luisa un suspiro, levantó los ojos al cielo, y se desplomó cadáver.

Desde el primer golpe de la cuchilla, había perdido el sentido el caballero de San Felice.

Impacientóse el pueblo del Mercado Viejo, aunque curtido á esta clase de espectáculos, y asaltando el patíbulo, le demolió en un instante, descuartizando al *beccaio*.

En seguida hizo una hoguera del cadalso y quemó en ella al *beccaio*, mientras que algunas almas piadosas rezaban en torno del cadáver de Luisa, depositado al pie del altar mayor de la iglesia del Carmen.

El caballero había sido transportado sin conocimiento á la morada de los agonizantes.

La ejecución de la desventurada San Felice fué la última que hubo en Nápoles. Bonaparte, burlando la vigilancia del almirante Keit, desembarcó el 8 de Octubre en Frejus, dió el 9 de Noviembre siguiente el golpe de Estado conocido con el nombre del 18 de *brumario*, ganó el 14 de Junio la batalla de Marengo, y al firmar la paz con el Austria y las Dos Sicilias, exigió del rey Fernando que cesaran los suplicios, se abrieran las prisiones y volviesen los proscritos.

La sangre había corrido cerca de un año en todas las plazas públicas del reino, y calcúlanse en más de cuatro mil las víctimas de la reacción borbónica.

Pero la Junta, que creía dar sentencias sin apelación, se engañó. En defecto de la justicia humana, las víctimas apelaron ante la divina, y Dios revocó sus fallos.

La casa de Borbón ha dejado de reinar en Ná-

poles, y según la palabra del Señor, los crímenes de los padres han recaído sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

Dios solo es grande.

El capitán Skinner, ó más bien fray José, después de llenar sus últimos deberes para con Salvato, volvió al convento del Monte Cassino, y los pobres enfermos de las cercanías, que durante cuatro meses le habían solicitado en vano, vieron brillar de nuevo, desde el crepúsculo de la noche al de la aurora, una luz en la ventana más alta del convento.

Era la lámpara del fraile escéptico, ó más bien del desconsolado padre, que continuaba buscando á Dios sin encontrarle.

Hoy, 25 de Febrero de 1865, á las diez de la noche, concluyo la narración que empecé el 24 de Julio de 1863, aniversario de mi natalicio.

Durante cerca de diez y ocho meses, he levantado laboriosa y concienzudamente este monumento á la gloria del patriotismo napolitano, padrón de afrenta de la tiranía borbónica.

Imparcial es como la justicia, sea duradero como el bronce.

ALEJANDRO DUMAS.

FIN DEL TOMO OCTAVO Y ÚLTIMO.

## ÍNDICE

CAP.	I. — El banquete libre .....	5
—	II. — La capitulación.....	12
—	III. — La escuadra inglesa.....	29
—	IV. — La Némesis lesbiana.....	35
—	V. — De cómo el cardenal hace todo lo posible por salvar á los patriotas, y los patriotas lo posible para perderse.....	53
—	VI. — De cómo Ruffo cumple su deber como hombre honrado y sir Hamilton el suyo como diplomático.....	61
—	VII. — La fe pánica.....	71
—	VIII. — Dos compadres honrados .....	81
—	IX. — De parte de Horacio Nelson .....	86
—	X. — La ejecución.....	91
—	XI. — De los motivos que tenia el coronel Mejean para no salir con Salvato de la fortaleza de San Telmo durante la noche del veintisiete al veintiocho de Junio.....	103
—	XII. — En donde se prueba que fray José ve- laba por Salvato.....	110
—	XIII. — La aparición .....	116
—	XIV. — Un hombre que cumple su palabra... ..	133
—	XV. — El fofo del cocodrilo .....	143
—	XVI. — Las ejecuciones.....	150

CAP.	XVII. — El tribunal del Monte Olivete . . . . .	158
—	XVIII. — En capilla . . . . .	173
—	XIX. — San Agostino-della Zecca . . . . .	179
—	XX. — Cómo se moria en Nápoles el año 1799 . . . . .	188
—	XXI. — La goleta <i>the Runner</i> . . . . .	195
—	XXII. — La mujer y el marido . . . . .	199
—	XXIII. — Secundarios acontecimientos agrupados en torno de los nuestros . . . . .	210
—	XXIV. — El nacimiento de un príncipe real . . . . .	217
—	XXV. — Tonino Monti . . . . .	228
—	XXVI. — El alcaide . . . . .	238
—	XXVII. — La patrulla . . . . .	246
—	XXVIII. — La orden del rey . . . . .	256
—	XXIX. — La mártir . . . . .	265





